

El limpia-buitrónes

En tejado ajeno con fe de carbonero

Un peso, peso de plata genuina que descontinuaron después de 1948, era lo que Torres cobraba por hacer piruetas en los tejados inclinados del sur de Bogotá, construido hasta ese entonces. Subía y bajaba, y terminaba como el carbonero, ennegrecido y minero, parecía un espectro de aquellos mitos urbanos que a través del tiempo han hecho carrera.

Por Carlos Arturo García

En las calles polvorrientas de un barrio obrero, José Guillermo Torres corría de un lado a otro los días jueves. Por las mañanas radiantes solía cargar en una tinaja de aluminio un puñado de estopa renegrida y un par de guantes de carnaza de cuero sin curtir que le permitían resbalar sus manos por entre los buitrones de casas ajenas. Por un peso de plata genuina de aquellos tiempos limpiaba hasta el cansancio las chimeneas penetradas de hollín, producto de la combustión del carbón que servía de candela en las casas humildes del Santander, Restrepo, Centenario, barrios sencillísimos que fueron levantados para empleados municipales de Bogotá.

José Olaya, andariego con Torres desde los trece años, recuerda que junto con “Pepillo”, mote famoso años después, caminaban largas horas durante los días soleados en busca de buitrones “hollinados” para limpiar. El uno sostenía la escalera de madera burda mientras el otro trepaba raudo al tejado de latas viejas y débiles. En un santiamén estaban los dos ennegrecidos por el carbón y con cálculo meticoloso introducían bolas hechas de sábanas deshilachadas o estopa que recogían de los talleres de mecánica de por ahí.

En menos de una hora el buitrón estaba listo para la carga acostumbrada de humo y los dos mozalbetes en espera de otro cliente. El oficio se popularizó al extremo de poner a la propia prole a limpiar no solo la chimenea sino todo el tejado, de quiches y otras raras especies que se asentaron, como las familias, en los tejados bogotanos.

La primera navidad que Torres, nacido en 1923, estrenó pantalones propios, le propuso al mayor de sus hermanos que trabajaran en el próspero negocio que iniciaba apenas, pues los barrios del sur fueron creciendo y todas las casas tenían de construcción original una estufa de carbón, ya no de leña, lo que fascinaba a las señoras.

Al barrio Centenario se le sumó Santa Lucía, Claret, El Carmen, San Vicente y muchos otros que aumentaron considerablemente la población de la ciudad hacia el sur y los ingresos de Torres. Con su hermano lograron asegurarse como los “limpia-buitres” y recorrían en una vetusta carreta tirada por un caballo las calles que poco a poco se iban pavimentando detrás de la modernidad.

Una vida ligada al Santander

Ahora, más de 60 años después, José Torres vive en una vetusta casa del barrio Santander. Viudo y con sus hijos desperdigados no se lamenta de su soledad, prefiere decir que está “a solas” que no “solo”, porque todavía lo invitan, a sus 84 años de dura y emocionante existencia, a tomarse unas “polas” los sábados en la tienda donde le gusta ir.

Camina lento por lo más delgado del andén, casi rozando la pared como si no gustara ocasionar incomodidad al peatón desprevenido. Usa gafas desde los 50 años y, por su diabetes, que le ha hecho el juego a la parca para llevárselo, ya no distingue los colores ni la nitidez debido a las dosis de insulina.

En la biblioteca pública de la localidad 15, Antonio Nariño, la misma donde vive Torres hace casi 70 años, reposan fotos sobre el pasado del barrio y sus fundadores. Se recrean las casas originales de un piso y un pequeño traspasio que podía ser huerta de consumo o ensanchamiento de las casas que diseñó, en 1933, Karl Brunner, según el Plan Maestro de Bogotá.

Al parecer ninguno de los gurús de la arquitectura previó las cenizadas que causarían las cientos de estufas de carbón instaladas en los barrios adictos a Gaitán, el caudillo. En el mismo libro se dispone que en los domingos siguientes a diciembre de 1943, en todos los parques públicos se proyectaran películas gratis para los menores de edad. Se recomendaba “Silencio y Compostura”. Pero todo acabó el viernes 9 de abril de 1948.

Olaya calcula que en esos 10 años que duró el trabajo hubo alrededor de 40 jóvenes en el oficio. Se heredaban de hermanos, primos o amigos, porque la demanda no era demasiada y en una sociedad parroquial como la de la ciudad, donde estos barrios eran la periferia de mediados del siglo XX, no abundaba el dinero. La mayoría de sus habitantes eran empleados del tranvía, carceleros o instructores de zapatería en las cárceles de La Picota o en el Panóptico, hoy Museo Nacional.

Luís Mendoza, que trabajó en la Oficina de Obras Públicas del Municipio, recuerda que en las calles de los barrios era común ver tizne en el borde de los andenes, en los quicios de las puertas y hasta en la ropa que se colgaba para que la secara el sol. Mendoza era uno de los elegidos por sus padres para trepar al tejado una vez, cada ocho o quince días, a limpiar el buitrón de la estufa. Un día en que las tejas estaban mojadas por un aguacero, rodó por las tejas, ya de barro, y cayó estrepitosamente al suelo. Además de una muenda de su padre por no hacer las cosas con cuidado, un hermano lo sucedió en el oficio más extraño pero posible, de casas pequeñas que albergaban a familias numerosas.

El oficio rebuscado de “limpia-buitrones” existió hasta que la bencina —combustible para estufas de gasolina que se vendía a un precio favorable, junto con la hornilla— destronó a la estufa de carbón. Tener que encender el fuego tres veces al día, fue motivo suficiente para que las amas de casa cambiaron su sistema de cocinar.

Por eso, a comienzos de la década de 1950, José Guillermo Torres pasó a engrosar la lista de desempleados. Con cinco hijos y muchas obligaciones, optó por hacerse chofer de bus municipal, transporte que invadió a Bogotá después del adiós definitivo del tranvía que acabó Fernando Mazuera, alcalde de la ciudad.

Hace tres décadas, Torres Ramírez se jubiló por el cuarto de siglo que pasó sentado al volante de un bus que recorría desde el barrio Claret hasta las Ferias, en el noroccidente, una ruta llena de anécdotas. Una vez se encontró con unos de sus “discípulos” de aquellos limpia-buitrones que recorrían las calles de la Bogotá obrera y humilde. Al momento de reconocer aquel compañero estacionó su bus y se sentaron a tomar cerveza y a recordar viejos tiempos cuando soñaban sobre los tejados ajenos. Por poco le cuesta el puesto con el distrito.

El descubrimiento del oficio

José Guillermo nació en los vericuetos del barrio Concordia, en la ilustre calle catorce, calle abajo, residencia de políticos y figuras de la prominente y escasa crema y nata capitalina. Allá arriba, en la carrera segunda, Torres se crió junto con ocho hermanos y no dejó de añorar a uno desaparecido. Años después, su madre le contó que debido a las zurras con un rejo de cuero crudo que su papá le daba, murió el primogénito de esta pobre familia. José jugaba en el Chorro de Padilla, en las faldas de Monserrate, iba caminando y jugando con canastas de cerveza hasta La Peña, iglesia clavada en la montaña por los conquistadores cuatro siglos antes.

¿Cómo imaginarse aquella Bogotá de 350 mil almas? Por las calles de aquel barrio nuevo, donde las autoridades municipales ubicaron a los antiguos habitantes de las laderas orientales de la ciudad, no existía la línea del tranvía hacia el sur. Al menos el primer año.

Antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, José Guillermo, con bozo insípido, empezó a trabajar. Vagó por las calles de recebo compacto que traían enormes y ruidosos camiones de Vitelma, de Yomasa, hasta dejar peladas aquellas montañas que volvieron a reverdecer. Por las tardes asistía a la escuela distrital “República de México”, mientras en su casa la estrechez comenzó a rondar.

Una mañana de enero, cuando su mamá le espetó que el humo de la estufa de carbón se devolvía dañando la cocción matutina, José se subió al tejado de latas de zinc y miró

unos instantes aquel misterioso tubo de gres que expulsaba la quema del carbón. Metió su mano y revolvió una mezcla en polvo que guardaba calor, la sacó y vio como un tizne cubrió súbitamente su mano. Minutos después su madre volvió a decirle que ya el humo subía con normalidad y que se bajara de inmediato.

Exaltado José, pensó que allí habría una oportunidad de conseguir algo que paliara las necesidades y unos pesos extras con que comprar, por veinte centavos, dulces y colaciones en una tienda cercana. De inmediato consiguió su tinaja y con una funda de almohada vieja hizo una bola de aquel material flexible que cabía sin ningún problema en los buitrones. A la primera que le cobró fue a su mamá, Dolores, que al momento de contarle su hijo lo que pensaba hacer sólo atinó a decirle que no se fuera a quebrar la cabeza contra el suelo.

Recorrió el barrio ofreciendo sus servicios y al poco tiempo empezó a recibir los primeros pedidos. Sin teléfono o algún medio de comunicación distinto al de la búsqueda del personaje, su casa era centro de llamados constantes.

Un peso, peso de plata genuina que descontinuaron después de 1948, cobraba Torres por hacer piruetas en los tejados planos del sur de Bogotá, construido hasta ese entonces. Subía y bajaba, y terminaba como el carbonero, ennegrecido.

Poco duró el trabajo doméstico. Se regó como pólvora entre las amas de casa que un “chino de por ahí” limpiaba los gruesos tubos que mostraban el cuello por entre los tejados, escupiendo tizne que cubría la calle cuando los vientos bajaban de la cordillera oriental y hacía que los niños de las cuadras acabaran completamente sucios. Si las señoritas habían lavado ropa o limpiado las cómodas, el carbón y sus virutas de tiza se encargaba de recordarles que debían buscar a José.

Ya con la bruma de los años, el pelo cano y escaso, sus manos manchadas tal vez por el carbón que alguna vez le dio para comer, a José se le han olvidado muchas cosas. No recuerda si el teléfono es de baquelita, el negro y pesado *Ericsson* que repartieron con las primeras líneas que comenzaban con el número 39 y que él conoció de cuatro dígitos, o si ya no es necesario llamar a la operadora para pedirle el número de destino.

Con sus 1,50 de estatura, que según su hija María eran 1,60 hasta hace 10 años, recorre en un trazo imaginario las calles que ha visto envejecer, como él, con el imperdonable paso del tiempo. Saluda a propios y extraños en un rito de cordialidad y camaradería cachaca que no deja, al igual que no olvida su sombrero de fieltro y alón. Vive con María y sus nietos, los últimos. Sus otros hijos van de vez en cuando, casi nunca, porque viven en otras ciudades y se olvidaron del viejo que los crió y que ahora carga solo con sus recuerdos. Ya casi no sale de su habitación.

José Guillermo Torres ignora ya, que el tranvía que daba vuelta en el Cementerio del Sur, amplió su ruta, conectaba con la línea que iba al centro de Bogotá y San Fernando. Las Nemesias, aquellos vagones del mismo sistema que sólo iban a la avenida Chile y tenían cerramiento confortable, eran para los ricos que tenían quintas allí. Gaitán gustaba de perorar en la casa de la calle 18 con carrera 19 en el Restrepo y José ejercía su oficio con fé de carbonero.